

XIV Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXIX Jornadas de Investigación. XVIII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. IV Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. IV Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2022.

La pregunta neurótica en la histeria, por Freud.

Mazzuca, Santiago Andrés.

Cita:

Mazzuca, Santiago Andrés (2022). *La pregunta neurótica en la histeria, por Freud*. XIV Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXIX Jornadas de Investigación. XVIII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. IV Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. IV Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-084/497>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eoq6/SvO>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

LA PREGUNTA NEURÓTICA EN LA HISTERIA, POR FREUD

Mazzuca, Santiago Andrés

Universidad de Buenos Aires. Facultad de Psicología. Buenos Aires, Argentina.

RESUMEN

Este trabajo se dedica a analizar el estatuto de la pregunta neurótica inconsciente en algunos desarrollos freudianos. Por una parte, esta pregunta está presente en algunas formulaciones teóricas de Freud sobre vinculadas a la investigación sexual infantil y su papel determinante sobre la neurosis. Por otra parte, la pregunta se presenta para Freud en acto, por la interpelación que el síntoma histérico constituye para la neurología de su época. Ambos planos convergen hacia la pregunta por la articulación entre lo somático y lo psíquico, entre cuerpo y palabra.

Palabras clave

Pregunta neurótica - Inconsciente - Freud - Ciencia - Síntoma - Cuerpo y palabra

ABSTRACT

THE NEUROTIC QUESTION IN HYSTERIA, BY FREUD

This work analyzes the status of the unconscious neurotic question in some Freudian developments. On the one hand, this question is present in some of Freud's theoretical formulations related to child sexual research and its determining role in neurosis. On the other hand, the question is presented for Freud in act, by the interpellation that the hysterical symptom constitutes for the neurology of his time. Both planes converge towards the question of the articulation between the somatic and the psychic, between body and word.

Keywords

Neurotic question - Unconscious - Freud - Science - Symptom - Body - Word

0. Freud, la ciencia y el sexo (o: el despertar de la pregunta)

Antes de internarnos en el modo en que podemos encontrar articulado el estatuto freudiano de la pregunta inconsciente en el neurótico, puede tener interés situar la posición del propio Freud, como médico y como psicoanalista, respecto de cierta pregunta moderna. Se trata de la pregunta por la relación entre el cuerpo y el alma.

En efecto, ocurre que nuestra ciencia moderna nos deja esa pregunta como legado, pero con un estatuto muy particular. Por una parte, es la ciencia misma la que hace surgir esta pregunta o, en todo caso, la reactualiza y la agudiza, le da un renovado perfil, con una nitidez de otro orden, y al mismo tiempo la vuelve mucho más acuciante. Pero por otra parte, la ciencia se posiciona como absolutamente incapaz de responderla, porque delimita

de tal modo la estructura de su campo de incumbencia que esa pregunta queda exactamente en su frontera, y no en su campo. La ciencia reactualiza esta pregunta porque revela que lo real material responde a sus propias leyes matemáticas, que son absolutamente indiferentes a nuestra subjetividad (a nuestras invocaciones, nuestras danzas para la lluvia, nuestros sacrificios rituales...). De ese modo le da una consistencia epistémica inédita a lo real natural. De ese real da cuenta en primer lugar la física moderna, a continuación la química. Pero de ese real forman parte también los organismos vivos en su estatuto biológico, de lo cual forma parte también nuestro cuerpo. Para nuestra ciencia moderna, está fuera de duda que nuestro cuerpo está inmerso, está en total continuidad con ese real material que ella se dedica a formalizar de manera matemática. Y esa formalización matemática tiene como premisa y como consecuencia el vaciamiento de subjetividad de lo real. Las leyes matemáticas son incompatibles con la suposición de una subjetividad (o de un sentido) en el comportamiento de lo real natural, que queda reducido a pura materia y extensión, gobernada por fuerzas mecánicas.

Sin embargo, nuestras almas (con su naturaleza subjetiva) no dejan de existir... Y no sólo existen, sino que se perciben a sí mismas en continuidad con ese cuerpo, al que además, por sí eso fuera poco, resulta que manejan.

Esto deja abierta la pregunta por la articulación entre el cuerpo y el alma, por su ¿interacción?, por su comunicación, por sus determinaciones o condicionamientos recíprocos. Pero al mismo tiempo la ciencia deja la pregunta clausurada, al menos para sí misma, porque el estatuto epistémico de lo real material se funda en el movimiento mismo de excluir la subjetividad.

Desde que Descartes divorció la *res cogitans* de la *res extensa* (es decir, la subjetividad de lo real material), la ciencia funciona bajo esa premisa epistémica, que impone una frontera cerrada entre ambos dominios.

Ahora bien, el destino de Freud será quedar, respecto de esa frontera, en infracción. Freud se encuentra ante el desafío de perseguir un síntoma supuestamente neurológico (el síntoma histérico) hasta descubrir su naturaleza psíquica, subjetiva; y a partir de allí, se aboca luego a escudriñar lo psíquico pero hasta sus raíces corporales. De esta manera, en Freud ya no se trata más ni de un alma autónoma, que existe por sí misma, ni de un cuerpo reducido a la lógica o la mecánica de la *res extensa*. El cuerpo pulsional no es el organismo biológico. Y el inconsciente no es el alma entendida como puro espíritu, ni *causa sui* ni transparente para sí.

Cada uno de estos dos campos, lo somático y lo psíquico, resultan subvertidos por el descubrimiento freudiano. Para el gesto fundador de la ciencia eran terrenos excluyentes, independientes y disociados. En Freud, en cambio, se perforan el uno al otro de manera íntima. Cada uno es el agujero del otro y lo descompleta. El Otro primordial de los primeros cuidados, ese “individuo auxiliador” del “Proyecto...” (Freud 1895b, p.363), deja sus marcas en los orificios corporales, y de ese modo los eleva a la condición de zonas erógenas.¹ Y la pulsión, por su parte, es la extraña esencia de la actividad psíquica (extraña porque no es claro que sea psíquica ella misma).

Freud realiza, en este sentido, una subversión del orden de la ciencia moderna. Y es esta subversión epistémica la que se plasma en su concepción de la sexualidad. Pues la importancia y el lugar de la sexualidad en el pensamiento freudiano se vinculan al hecho de que ella se sitúa justamente en esa zona de articulación problemática, entre el cuerpo y el alma.

I. El sepultamiento de la investigación sexual infantil

Para ubicar un modo en que podemos articular con el propio Freud el estatus de la pregunta inconsciente en la neurosis, vamos a recordar la doble vertiente que explora Freud en la sexualidad infantil: una faceta más “carnal” y otra más bien “epistémica” -por llamarlas de algún modo.

Desde el inicio de su exploración de la naturaleza de los síntomas histéricos, Freud se topó con la vida sexual de los seres humanos desde una perspectiva inesperada. Esa exploración lo condujo a ocuparse de la sexualidad infantil, y de su papel estructurante en la subjetividad. Organizó y formuló ese papel en su concepción del complejo de Edipo y su sepultamiento: operación fundacional, fecunda, que extrae de esa temprana asunción de una pérdida, de renuncia libidinal, la potencia multiplicada del deseo a futuro.

Ahora bien: de esa sexualidad infantil y su sepultamiento, es seguramente la faceta “carnal” la que nos resulta más conocida, incluso la más asimilada por cierto sentido común. La amenaza de la castración funciona ahí como límite para la satisfacción erógena genital, y termina por inducir al niño a renunciar a esa satisfacción junto con las fantasías edípicas que se le anudan.

En cambio, puede quedar relegada a un segundo plano, y a veces hasta pasar desapercibida, aquella otra faceta -la “epistémica”, y que sin embargo es tan importante como la primera.

Para Freud, la sexualidad infantil (o más bien la sexualidad en general) no consiste solamente en una práctica que manipula ciertas zonas erógenas para la obtención de satisfacción corporal, sino también en una práctica... ¡de investigación!, cuyo objeto no es entonces una satisfacción corporal -carnal- sino subjetiva: el despliegue de ciertas preguntas.

Podemos entonces preguntarnos cómo se formula, en los términos de Freud, ese acontecimiento tan crucial como es el sepultamiento del complejo de Edipo, pero no ya en la vertiente de aquella faceta carnal, sino en la perspectiva epistémica, de

la investigación sexual infantil. Y en efecto, ésa es una de las cuestiones planteadas por Freud en el escrito que dedica a las teorías sexuales infantiles en 1908, al hablar del ‘*conflicto nuclear de las neurosis*’.

“[...] el niño pasa a ocuparse del primer, grandioso problema de la vida, y se pregunta «de dónde vienen los hijos» [...] Si el niño no está ya demasiado amedrentado, tarde o temprano emprenderá el camino más próximo y demandará una respuesta a sus padres o a las personas encargadas de su crianza, que para él significan la fuente del saber. Pero ese camino fracasa. Recibe una respuesta evasiva, o una reprimenda por su apetito de saber, o lo despachan con alguna información de cuño mitológico que en los países de lengua alemana es: «La cigüeña trae a los hijos...» [...]. De muchas comunicaciones pareceme desprenderse que los niños rehusan creencia a la teoría de la cigüeña; a partir de este primer engaño y rechazo alimentan desconfianza hacia los adultos, adquieren la vislumbre de algo prohibido que los «grandes» desean mantenerles en reserva y por eso rodean de secreto sus ulteriores investigaciones. Pero así han vivenciado también la primera ocasión de un «conflicto psíquico», pues unas opiniones por las que sienten una predilección pulsional, pero no son «correctas» para los grandes, entran en oposición con otras sustentadas por la autoridad de los grandes pero que a ellos mismos no les resultan gratas.” (Freud 1908c, pp.190-1)

Freud propone entonces un conflicto del niño con la autoridad parental a raíz de la sexualidad, incluso es notorio que se refiere a él como “la primera ocasión de un conflicto psíquico”. Sin embargo, el territorio en disputa no es el cuerpo del niño o de sus allegados, y la incidencia coercitiva de la autoridad parental no recae sobre ninguna manipulación o práctica corporal. Se trata de la vertiente “epistémica”. La prenda del conflicto edípico resulta ser aquí el propio saber. El niño que quiere saber se dirige a los adultos que le son más próximos, pero se topa en ellos, de manera necesaria y estructurante, con la función de un límite. Lo deslumbrante del texto viene inmediatamente a continuación, porque Freud propondrá que esa investigación sexual, más que sofocarse, se proseguirá pero con un estatuto renovado y diferente:

“Desde este conflicto psíquico puede desenvolverse pronto una «escisión psíquica»; una de las opiniones, la que conlleva el ser «bueno», pero también la suspensión del reflexionar, deviene la dominante, conciente; la otra, para la cual el trabajo de investigación ha aportado entretanto nuevas pruebas que no deben tener vigencia, deviene sofocada, «inconciente». Queda de esta manera constituido el complejo nuclear de la neurosis.” (Freud 1908c, p.191)

Hay que subrayar el planteo de Freud. No se trata, como podría parecer desprenderse de la cita anterior, de que el niño, de manera voluntaria y controlada, rodee de secreto hacia los adultos la continuación de sus investigaciones sexuales. Se trata propiamente de una escisión psíquica, una represión, en virtud de

la cual, las preguntas sexuales se proseguirán... pero de manera autónoma, solas, por su propia cuenta, en lo inconsciente. Y dicha prosecución -Freud no había dejado de subrayarlo, y esto constituye el trasfondo más directamente clínico del escrito- tendrá su papel en la determinación de los síntomas neuróticos, del mismo modo que lo tienen las fantasías inconscientes. "La noticia acerca de las teorías sexuales de los niños [...] resulta indispensable para la concepción de las neurosis mismas, en las cuales estas teorías infantiles conservan vigencia y cobran un influjo que llega a comandar la configuración de los síntomas." (Freud 1908c, p.189)

Podemos detenernos un momento en la estructura involucrada en este sepultamiento epistémico, y complementar el planteo freudiano con un complemento de inspiración lacaniana. (Surmani 2004).

En el planteo explícito de Freud, lo que despertaría el conflicto y desencadenaría la represión sería el encuentro del niño con la reticencia del adulto, algo así como un mandato implícito de no preguntar demasiado, como si el niño entendiera que se topó con algo que el adulto no quiere que el descubra.

Pero en definitiva, ¿qué puede haber en el trasfondo de aquello que el adulto mantiene velado... sino, a fin de cuentas, su propia ignorancia, su propia inconsistencia?

Por qué no considerar entonces que en el fondo, más allá de la mayor o menor reticencia del adulto, o de su falsedad y su mentira, el niño estará destinado siempre, por estructura, a encontrarse con ese punto donde el adulto desfallecerá en tanto "fuente de todo saber...", porque no habrá jamás respuesta adulta que alcance.

Cuando Juanito pregunta por ejemplo dónde están los "puros niños" "siempre antes" (Freud 1909b, pp.58-9), va mucho más allá del dato de la gestación en el vientre materno, que sus padres intentaron ocultarle sin éxito. Va mucho más allá y desemboca en lo insondable de la pregunta por el origen: dónde están los seres por venir, antes incluso de ser concebidos, cómo puede ser que de la pura nada advengan seres que antes no existían, así como puede ocurrir que donde había un ser no quede nada.) Esa puesta en suspenso de la función del adulto anticipa para el niño lo traumático del momento en que le tocará a él devenir adulto a su vez, es decir, autorizarse por sí mismo ante las interpelaciones de la vida y asumir sus propios riesgos, sin la pseudo garantía parental.

Y en definitiva, ese desasimiento de la autoridad parental, al que se refiere Freud en "La novela familiar del neurótico" como la tarea más dolorosa y necesaria del desarrollo (Freud 1909a, p.217), es probablemente el mandato más íntimo, el más traumático y al mismo tiempo el más estructurante, el más saludable, del vínculo amoroso con los objetos edípicos.

Algo de ese encuentro con la falta en el Otro -para decirlo con Lacan- es lo que desencadena el supuesto sepultamiento de la investigación sexual infantil... o mejor dicho su promoción a un nuevo estatuto, que se proseguirá desde entonces de una ma-

nera renovada, con más potencia y libertad, en lo inconsciente. Hay una solidaridad estructural entre el estatuto inconsciente de la pregunta, su promoción a lo inconsciente, y el encuentro con esa imposibilidad de que el Otro, el interlocutor adulto, dé una respuesta suficiente.

En este sentido puede entenderse la afirmación inicial de Freud en su texto dedicado a "el sepultamiento del complejo de Edipo": lo que desencadena ese hundimiento es el encuentro con una imposibilidad de estructura, una "imposibilidad interna" (Freud 1924, p.181). Y si más adelante Freud propone que es el encuentro con la castración lo que precipita el sepultamiento, podemos entender que esa castración no es más que el modo en que el inconsciente se representa aquella imposibilidad, la simboliza, la cifra en clave fálica.

En todo caso, ubicamos en Freud que en la base del deseo sexual hay una pregunta inconsciente, una pregunta sexual inconsciente sin respuesta, solidaria del encuentro con ese punto en que el adulto, fuente de toda autoridad, no responde.

II. El estatuto transferencial de la pregunta

Sin duda, Freud interpelará a Dora de una manera inaudita hasta el momento, pero sólo puede hacerlo porque antes, en primer lugar, es Freud quien se ha dejado interpelar.

Freud resulta interpelado porque le toca encarnar en la transferencia, por su lugar de analista, aquella función de la falta en el Otro que venimos de situar en el sepultamiento de la investigación sexual infantil.

La interpelación, la pregunta, opera en la enunciación, en el modo en que los seres hablantes están comprometidos, concernidos, involucrados, en la palabra que circula entre ellos.

Sin poder profundizar aquí en el asunto, recordemos que la existencia misma de la histeria interpelaba a la neurología de la época de Freud, y tras esa neurología, al saber médico en su conjunto y a la ciencia moderna más en general.

Nadie antes de Freud había acogido esa interpelación como lo hizo él: hasta la médula, hasta la raíz, es decir, hasta ese punto en que se pone en juego el encuentro con esa falta de respuesta por parte de los saberes previos.

Como recordamos al comienzo, el síntoma histérico interpelaba los fundamentos de la ciencia moderna, porque emergía en el terreno del cuerpo (de la *res extensa* cartesiana) pero al mismo tiempo respondía a una lógica subjetiva (a la naturaleza de la *res cogitans*).

Freud fue el único en no esquivar el bulto a esa interpelación. Se dejó tomar en ese juego aunque implicara deponer por completo su saber médico. El temprano escrito freudiano que compara las parálisis histéricas con las orgánicas (Freud 1985a) es como el testimonio de una especie de ascesis de Freud: un remonte de la pregunta por la histeria hasta su raíz imposible, aniquilante de todo saber, y un resurgir de allí renovado con la creación de un nuevo orden simbólico.

La histeria era una pregunta maldita. Freud fue el único en po-

nerle el cuerpo. La histeria era síntoma para la ciencia, y no admitía respuestas impostoras. Freud fue el primero en comparecer realmente ante ese punto al que sólo se llega desnudo. Sin santo al cual encomendarse.

Freud fue el primero en pagar el precio, en cumplir con esa ascesis, ese baño fecundo en el mar de la castración: la de asumir la ignorancia radical que está en la base de toda elaboración de saber, ese punto de fuga donde el saber hunde sus raíces en el cuerpo.

Freud se encontró con el horror que nadie quería reconocer, con la cabeza de Medusa, y decidió seguir adelante, crear y testimoniar. Se dejó interpelar, pagó su precio, y por eso a continuación está en condiciones de interpelar al sujeto a su vez.

III. Dora interpelada

Entremos ahora en el historial de Dora. Freud opera su interpelación en el punto en que, tomando el discurso de Dora quizá más en serio que ella misma, le señala su inconsistencia y lo que deja en las sombras: toda una parte de su propia historia, su comportamiento, su ser en el mundo, y del cual ella no puede dar cuenta de ninguna manera.

En ese punto, Dora hace agua. (Lo decimos así retomando la metáfora freudiana que alude a los lineamientos de estructura que intentamos reconstruir aquí. El historial de Dora va del agujero en lo psíquico -lo inconsciente- al agujero en el cuerpo -las zonas erógenas-. El agujero en lo psíquico, en las representaciones que el sujeto tiene sobre sí y sobre su propia historia, es lo que Freud llama desde el principio del historial las *lagunas mnésicas*. Son los baches en la continuidad de lo psíquico, de la cuenta que el sujeto puede dar de su propia historia, del sentido de sus actos.) En esa trama subjetiva, entonces, hay agujeros.

La interpelación de Freud consiste en detener a Dora ante esos agujeros. De esa manera, retoma y le da nueva encarnación a la interpelación que la propia escena del lago constituyó para la subjetividad de Dora.

Es necesario distinguir, en el movimiento que implica la intervención de Freud, dos cosas bien diferentes: Por un lado, el agujero que Freud señala y despeja; por otro lado, el sentido con que el mismo Freud parece recubrirlo.

Freud recubrirá ese agujero con el sentido del amor por el Sr.K. Y este sentido, puede ser más acertado o más engañoso, en cualquier caso es encubridor, en la medida en que recubre y vela la laguna en el sentido. Pero la verdadera intervención de Freud, su operación primera y esencial, no radica en esa hipótesis interpretativa sino en señalar el agujero en el sentido, la incongruencia inexplicable en el comportamiento de Dora, y ante la cual es ella misma la que queda sin respuesta. La operación de Freud es despejar ese agujero en el sentido.

Hay que decir incluso que esa operación no resulta invalidada por la hipótesis sobre el amor de Dora por el Sr.K, porque aún dándola por acertada, tampoco se comprende el comportamiento de esta última (como Freud mismo señala). (Freud 1905a, p.34, n.27)

Es decir que en ese punto Freud tampoco tiene respuesta. Y es por eso que debía primero pagar su precio para poder confrontar a Dora: porque detenerla en ese punto de castración, conlleva también para Freud quedar detenido sobre la castración de su propio no saber. (Y por eso Dora se confronta ahí con algo mucho peor que los prejuicios de Freud: su curiosidad, su propia pregunta, su deseo.

Freud no opera por su saber sino por su asunción de la pregunta, es decir, de la ignorancia. Desde ahí interpela a Dora e invoca su propia pregunta inconsciente.

Ante esa interpelación, el yo de Dora no puede responder. La Dora denunciadora es reducida al silencio. Y entonces sobreviene la subversión, en acto. Donde Dora queda muda, es su propia pregunta inconsciente de Dora la que toma la palabra. ¿Con qué encarnadura? La del cuerpo, el síntoma, el misterio del cuerpo hablante.

IV. Comparecer ante el propio síntoma

El agujero en lo psíquico (es decir, aquella laguna mnésica correlativa de lo inconsciente mismo) es el punto por donde lo psíquico conecta con "lo somático". Interpelado lo psíquico hasta su agujero, lo que responde es el cuerpo, el agujero del cuerpo. Como señala Freud, en ese punto el síntoma conversivo histérico se entromete en la conversación (*mitsprechen*), porque él mismo está emplazado en esa frontera entre lo psíquico y lo somático. A partir de ahí, Dora comparece ante su propio síntoma. El síntoma toma la posta de la pregunta inconsciente y le da soporte a su despliegue, que se prosigue, de acuerdo con la estructura del síntoma, entre lo psíquico y lo somático.

Lo psíquico -señala Freud- es el sentido. Pero hay que destacar aquí que el agujero en el sentido (es decir, el enigma, la pregunta) también forma parte de ese registro, y puede ser el colmo del sentido. Por eso importa no reducir esta cara del síntoma a la idea que Freud se hace sobre el amor hacia el Sr.K (o cualquier otra interpretación que intente cerrar el sentido). La pregunta en sí misma, con su enigma, es la esencia de la cara psíquica del síntoma, del sentido del síntoma.

El despliegue del síntoma enseñará entonces que ese agujero psíquico, esa pregunta inconsciente, está montado sobre otro agujero, el corporal, la zona erógena.

Freud toma nota y enriquece entonces su concepción de conversión histérica, que antes parecía un simple proceso unidireccional, iniciado por lo psíquico (que resultaba determinante) y avanzando sobre lo somático (que resultaba determinado). Ahora resulta que el punto de partida está en lo somático, en el llamado (la sollicitación) que lo somático hace a lo psíquico. El proceso se parece cada vez más a una serie de rebotes entre lo psíquico y lo somático, una resonancia entre agujeros, y un complejo proceso de cifrado del enigma (núcleo del sentido) en el cuerpo. Más aún cuando se revela que bajo la sollicitación somática se escondía la precondition somática; es decir que la pregunta inconsciente fue montada sobre el soporte del agujero pulsional.

El síntoma enseña entonces que lo psíquico no es *causa sui*, que está excluido de su propio origen, y que la fantasía y la teoría sexual infantil (que constituyen la trama representacional del psiquismo) están montadas sobre la satisfacción autoerótica que, por su parte, prescinde inicialmente de las representaciones...

V. Conclusión

El modo en que esta resonancia entre lo psíquico y lo somático se articulan a partir de sus agujeros y dan soporte a la trama en que se despliega esta pregunta en el análisis del caso podrá ser objeto de un futuro trabajo. Nos detenemos aquí por ahora y recapitulamos nuestro recorrido.

Comenzamos por ubicar la pregunta por la articulación entre lo psíquico y lo somático, y el estatuto epistémico tan particular que adquiere a partir del surgimiento de la ciencia moderna. La ciencia hace aparecer con renovada nitidez el carácter enigmático de esa articulación, pero al mismo tiempo, por su propia estructura, resulta incapaz de responder por ella, a raíz de lo cual la pregunta queda en las sombras, al margen del saber científico.

En segundo lugar, situamos las coordenadas con las cuales Freud formula la constitución de la pregunta inconsciente en relación con la investigación sexual infantil y su sepultamiento. Destacamos que la represión es correlativa del punto en que el niño se encuentra con la falta de saber en sus referentes adultos, y subrayamos que la lógica de las proposiciones freudianas implica la promoción de la investigación sexual infantil a un estatuto inconsciente, donde las preguntas se prosiguen fuera del dominio consciente y comandan la formación de los síntomas del mismo modo que las fantasías.

En tercer lugar ubicamos el modo en que la pregunta por la articulación entre lo psíquico y lo somático se reactualiza para la neurología de la época de Freud bajo la forma del síntoma histérico, y el modo en que el padre del psicoanálisis adota una posición original ante esa interpelación, que le permitirá a continuación redirigir la interpelación hacia el sujeto.

En cuarto lugar recordamos cómo se produce esa operación en el historial de Dora, donde Freud la confronta con la pregunta por su propia reivindicación.

Finalmente, ubicamos que en el punto en que Dora resulta interpelada más allá de sus posibilidades conscientes, es el cuerpo mismo el que toma el relevo bajo la forma del síntoma conversivo, que aporta el soporte para el despliegue de la pregunta inconsciente.

Lo que el síntoma enseña sobre la estructura de esa pregunta, constituida a partir de la resonancia entre los agujeros de lo psíquico y lo somático, queda pendiente como asunto de un próximo trabajo.

NOTA

i La concepción de que es ese Otro el que despierta la pulsión, que por lo tanto no tiene su origen al interior del cuerpo, se encuentra en los Tres ensayos de teoría sexual (FREUD 1905b, p.164 n.14 y pp.203-4).

BIBLIOGRAFÍA

- Freud, S. (1895a) «Algunas consideraciones con miras a un estudio comparativo de las parálisis motrices orgánicas e hiséricas», en *Obras Completas*, Amorrortu Editores, tomo i.
- Freud, S. (1895b) «Proyecto de una psicología», en *Obras Completas*, cit., tomo i.
- Freud, S. (1905a) «Fragmento de análisis de un caso de histeria», en *Obras Completas*, cit., tomo vii.
- Freud, S. (1905b) «Tres ensayos de teoría sexual», en *Obras Completas*, cit., tomo vii.
- Freud, S. (1908a) «El creador literario y el fantaseo», en *Obras Completas*, cit., tomo ix.
- Freud, S. (1908b) «Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad», en *Obras Completas*, cit., tomo ix.
- Freud, S. (1908c) «Sobre las teorías sexuales infantiles», en *Obras Completas*, cit., tomo ix.
- Freud, S. (1909a) «La novela familiar de los neuróticos», en *Obras Completas*, cit., tomo ix.
- Freud, S. (1909b) «Análisis de la fobia de un niño de cinco años», en *Obras Completas*, cit., tomo x.
- Freud, S. (1924) «El sepultamiento del complejo de Edipo», en *Obras Completas*, cit., tomo xix.
- Surmani, F. (2004) «El estatuto de las preguntas en la clínica (lineamientos para una investigación)», en Enrique Millán (coordinador) *Preguntas de la clínica: investigación* (pp.103-112) El Megáfono Ediciones.